II (444-17)

Cuadernos Internacionales

Organo Semanal de Informaciones de la Economía Mundial

N.º 14

El Nacionalismo

POR

RUDOLF ROCKER

Los salarios en E. E. U. U., Alemania y U. R. S. S.

por

JÜRGEN KUCZYNSKI

BIBLIOTECA

Santiago: 60 Centavos

Provincias: 80 Centavos

CUADERNOS INTERNACIONALES

Organo Semanal de Informaciones de la Economía Mundial

APARECE LOS VIERNES

Administrador:
GREGORIO GUERRA
Moranda 291 Oficina 54

SANTIAGO DE CHILE
CASILLA 2469

AÑO I
29 Noviembre

El Nacionalismo
por Rudolf Rocker

Cuaderno
Núm. 14

EL NACIONALISMO

Por RUDOLF ROCKER.

UNIVERSALIDAD DEL PROBLEMA

El que haya creído que después de la guerra mundial se llegaría a un entibiamiento de las tendencias nacionalistas en Europa, se ha equivocado medio a medio. El nacionalismo se ha vuelto más fuerte que antes y constituye hoy la fachada ideológica de la reacción moderna en la forma del fascismo. El fascismo moderno no es un movimiento surgido de una comunidad unitaria de ideas; no sólo adquiere en cada país un carácter especial, sinó que luce dentro de las mismas fronteras los colores más diversos, desde el republicanismo incoloro hasta el más extremo monarquismo. Co-

munes le son los métodos militar-putschista y la actitud declarante nacionalista de sus partidarios.

Y no nos engañemos. Ese movimiento, que abarca más y más todos los países, no es únicamente un movimiento de las clases privilegiadas de la sociedad, aunque es innegable que es apoyado y estimulado por éstas y al final de cuentas sólo beneficia sus intereses. Pero es indudable que el nacionalismo moderno encuentra también en las vastas masas de los pueblos un eco nítido. Nada sería más peligroso que querer cerrarse contra ese reconocimiento. No ocurre esto únicamente en los países con forma de gobierno manifiestamente fascista, sino también en aquellos Estados donde la democracia tiene hoy todavía una cierta apariencia de vida. Justamente, en una época como la actual, en que, a consecuencia de la guerra y del espantoso empobrecimiento de las masas, se advierte en todas partes un adormecimiento de los sentimientos sociales, en que todas las ideas firmes fueron conmovidas y lo viejo y lo nuevo remolineaban confundidos, el peligro de semejante movimiento es mucho más grande y mucho más funesto en sus consecuencias que en tiempos normales.

La marcha triunfal del fascismo en los países fronterizos de la Rusia occidental, así como en Polonia, en Bulgaria, en Yugoeslavia, en Rumania, en Hungría, etc., la influencia que se ha creado en Italia misma y la fortificación del movimiento nacional-socialista en Alemania, Austria, etc., son fenómenos de importancia decisiva para el próximo futuro y que no pueden ser ignorados en manera alguna. Por eso es necesario ante todo adoptar frente a las aspiraciones nacionalistas una posición sólida y clara y no mecerse continuamente en extremos que se expresan en consignas políticas baratas, pero que no tocan de ningún modo el núcleo de la cuestión.

LA INTERPRETACION SOCIALISTA DE LA INTERNACIONALIDAD

Hubo un tiempo en que todas las tendencias del socialismo autoritario, haciendo abstracción de algunas pocas fracciones, interpretaban el concepto de la internacionalidad como una integración completa de los diversos pueblos en la representación abstracta de la humanidad. Se veía en la gran diversidad de la vida de los pueblos y de los idiomas sólo un obstáculo artificialmente creado contra los anhelos de confraternización de la humanidad doliente y se soñaba con una pronta abolición de todas estas diferencias, con la introducción de un idioma general universal que debería reducir los demás idiomas, y con otras cosas por el estilo. Esas ingenuas interpretaciones, cuyos representantes no tenían la más pálida sospecha de la profundidad del problema, no han desaparecido por completo, pero tuvieron que dejar en general el campo a otros puntos de vista. Los partidos obreros socialistas de los años posteriores no tienen, claro está, nada de común ya con las ideas de sus antecesores del tiempo del llamado "comunismo de los jornaleros" (Handwerksburschenkommunismos). Pero también hace mucho tiempo que han abandonado la posición que defendió por ejemplo la social-democracia alemana y que Marx y Engels expresaron en el "Manifiesto comunista", cuando declararon que el proletariado moderno no posee patria y que por eso no se le podría quitar lo que nunca ha tenido. El pensamiento de que los supuestos cambios nacionales y políticos no son el elemento decisivo para la clase obrera, sinó las diferencias de clases y las contradicciones, no encuentra hoy en la socialdemocracia más que partidarios aislados. También en este concepto la influencia de Marx y Engels ha sido reducida por Lassalle, que era enteramente nacionalista. En los distintos países, particularmente en los Estados anglo-sajones, el problema

del internacionalismo no ha despertado nunca profundo interés en las grandes masas del proletariado sindical y políticamente organizado. Pero también allí donde en las organizaciones obreras ha existido un tiempo ese interés, hace mucho que desapareció y que ha dejado el puesto a un eclecticismo político que brilla en todos los colores. La gran mayoría del partido y su apéndice sindical descubrieron hace mucho tiempo ya su corazón nacional, considerando la defensa de la patria como un deber patriótico y socialista. Lo seriamente que han tomado esas gentes su "deber" nos lo ha puesto delante de los ojos con toda claridad la política de guerra de la mayor parte de los partidos socialistas desde 1914 a 1918. El hecho es que ni las terribles experiencias de esos cuatro sangrientos años hayan causado una impresión digna de tener en cuenta en los jefes de la socialdemocracia alemana, lo prueba su posición en el llamado conflicto del Ruhr. No han aprendido ni han olvidado nada y han subordinado siempre los intereses más elementales del proletariado alemán a los intereses del gran capital y de la gran industria, y eso en nombre de los llamados intereses nacionales, que sólo han sido en realidad los intereses de Stinnes (*) y del alto capitalismo alemán.

Pero no sólo la socialdemocracia, también su hijo terrible, el partido comunista, se dejó llevar a remolque completamente por la metafísica nacionalista e incluso trató de superar a la socialdemocracia en apariencias patrióticas y en fraseología nacionalista. Se habló asimismo del avance del ejército rojo ruso y de la decisión junto al Rhin, de tal manera que los nacionalistas-bolchevistas, como el doctor Eltzbarche y otros sintieron latir de alegría el corazón.

Por lo demás, el partido comunista de Alemania ha vuelto nuevamente a su viejo amor, elaborando para las últimas elecciones un programa que ha tomado sus demandas prácticas completamente al arsenal del llamado socialismo na-

---

(*) Hugo Stinnes, el Henry Ford alemán, que llevó al capitalismo alemán a los consorcios más formidables. En uno de nuestros Cuadernos sobre Racionalización Industrial, aparecerá este empresario

cional. Tanto es así que el órgano de Hitler, el jefe del fascismo alemán, pudo escribir "El nuevo programa del partido comunista alemán significa nuestra mayor victoria hasta aquí, pues rechinando los dientes tuvo que robar la dirección bolchevista nuestras soluciones, a las que da ahora expresamente significación programática.

Este juego peligroso de la utilización de la ideología nacionalista en pro de los supuestos intereses del socialismo, es tanto más reprochable cuanto que en este caso no ha surgido del impulso interior de los comunistas alemanes, sino de los métodos de la política externa del gobierno ruso, un gobierno que se ha declarado socialista ante el mundo y cuyos portavoces no se cansan de calificar de contrarrevolucionaria a cualquier otra tendencia del movimiento obrero, aunque ellos mismos hayan estado hasta aquí siempre listos para marchar con los peores representantes de la moderna reacción en Europa cuando se trataba de servir a los intereses del gobierno ruso. Mientras que en los demás partidos obreros socialistas el fuerte desarrollo de los conceptos nacionalistas hay que atribuirlo en gran parte a la larga actuación en la política burguesa, nos encontramos aquí con un fenómeno que ha surgido directamente de la razón de Estado de la llamada República de los Soviets.

EL CONFLICTO DEL RUHR

Justamente, el conflicto del Ruhr, en sus diversas fases de desenvolvimiento, que ha dado motivo, tanto a los socialdemócratas como a los comunistas, para defender el "pabellón nacional", es la ilustración más práctica imaginable de la política de los intereses capitalistas como verdadero cimiento de la ideología nacionalista. La ocupación del distrito del Ruhr fué sólo una consecuencia lógica de la misma política criminal de violencia del capitalismo, que en última instancia ha conducido al desencadenamiento de la guerra mun-

dial, que tuvo en el matadero a los pueblos durante cuatro largos años. En ese conflicto se trataba casi exclusivamente del contraste de intereses entre la alta industria alemana y la francesa, que la violencia militar había decidido provisoriamente, en favor de Francia. Así como los representantes de la gran industria alemana durante la guerra han sido los defensores más fanáticos del principio de anexión, detrás de la llamada "política nacional" de Poincaré estaba la codicia anexionista de la gran industria francesa y de su órgano poderoso, el "Comité de Forges". Los mismos objetivos que perseguía en su tiempo la política de los grandes industriales alemanes fueron aceptados más tarde por la gran industria francesa. Se trataba de la instauración de determinados monopolios en el continente europeo, bajo el dominio de diversos grupos capitalistas, para todo lo cual el "interés nacional" seguía siendo el manto ideológico bienvenido. La gran industria francesa planeaba hacía tiempo una unificación de las minas de hierro de Lorena con las minas de carbón del Ruhr, en la forma de un trust minero gigantesco, lo cual le aseguraría el monopolio ilimitado en el continente. Y como los intereses de los grandes industriales coincidían con los intereses de los ganadores de las reparaciones y eran favorecidos en toda forma por la casta militar, la ocupación del distrito del Ruhr era sólo un problema del tiempo.

Pero, antes de llegar hasta allí, tuvieron lugar negociaciones entre los representantes de la gran industria alemana y los de la francesa, a fin de producir una solución pacífica, es decir, en este caso, una solución comercial del problema. negociaciones en las cuales cada parte quería sacar su ventaja según la proporción de su fuerza. El acuerdo se habría producido, pues los representantes de la gran industria alemana habrían echado al diablo el llamado "honor nacional" siempre que hubieran podido poner en salvo su ovejita. Pero como la industria inglesa del carbón, para la cual un trust minero en el continente habría significado un golpe grave, les puso en perspectiva más grandes ventajas, descubrieron de repente su corazón nacional y dejaron campo libre a la ocupación militar. Con los obreros y empleados, sindical y políticamente organizados, propiciaron la resistencia pasiva y la

prensa stinizada batió fuertemente el tambor nacionalista para desencadenar en el país hasta la ebullición el odio contra el "enemigo hereditario". Y cuando la resistencia pasiva, que costó al pueblo alemán enormes víctimas, hubo de ser suprimida finalmente, no esperó el señor Stinnes al gobierno de Stressemann, sino que negoció por propia cuenta con los franceses. No contento con eso, trató de incitar además a las autoridades francesas de la ocupación a imponer a los obreros alemanes de los distritos ocupados la jornada de diez horas, a los mismos obreros que poco antes habían sido sus aliados en la lucha contra el gabinete francés. ¿Hay una ilustración más brillante de las verdaderas aspiraciones de nuestros combatientes nacionalistas?

Poincaré tomó como pretexto las supuestas deficiencias de Alemania en las entregas de carbón a Francia, para avanzar sus tropas al distrito del Ruhr. En realidad, esa no era más que una simulación notoria para prestar a esa rapiña imperialista un manto legal. Eso se deduce ya del hecho que Francia, con la excepción de Inglaterra, actualmente es el país de Europa más rico en carbón y hasta fué obligado a gravar con un impuesto extra de 10 por ciento la introducción del carbón del Sarre, a fin de proteger el carbón francés en el mercado interno. La verdad es que el 20 por ciento de ese carbón se volvió a transportar a Alemania y sólo se entregó a la industria francesa el 35 por ciento.

Por otra parte, los grandes industriales alemanes y sus aliados, los grandes agrarios, que supieron acumular enormes beneficios a costa de la miseria monstruosa del pueblo alemán, en la defensa de sus intereses particulares han hecho todo lo posible para aliviar al imperialismo francés su obra según sus fuerzas. Ellos han sido los que se resistieron con más violencia desde el comienzo de todos los ensayos para llegar a una estabilización del marco, pues con la depreciación de la moneda saboteaban muy cómodamente los impuestos de la gran industria y de los latifundios y podían echar sobre las espaldas de las masas laboriosas, casi sin excepción, el pago de las reparaciones. A causa de esta obscura maquinación, no sólo se desarrolló todo un ejército de especuladores de la moneda, que extrajeron del empobrecimiento

infinito de las masas, formidables ganancias, sinó que se dio con ello a los capitalistas franceses ocasión para obtener de la depreciación de la moneda alemana beneficios extraordinarios. Así entregó Alemania, según el testimonio del Ministro francés de Finanzas, Laseyrie, hasta fines de Septiembre de 1921, combustible por valor de 2.571 millones de francos; pero, debido a la desvalorización del mercado, sólo se le anotaron 890 millones de francos. Así creó el egoismo comercial de nuestros buenos patriotas alemanes al "enemigo hereditario" una fuente especial de ingresos a costa de la explotación sin límites de los trabajadores alemanes.

LAS REPARACIONES DE GUERRA

La prensa capitalista de Francia no se cansó de asegurar siempre al pueblo francés que Alemania debía pagar, pues Francia de otro modo iría a la bancarrota, y, como en Alemania, hay también en Francia centenares de millares de obreros que adoptan tales afirmaciones como oro macizo. Lo cierto es que de las monstruosas sumas que Alemania tuvo que entregar a Francia, sólo una pequeña parte ha llegado a la reconstrucción de los distritos destruídos, es decir, al pueblo mismo, mientras que la parte del león ha caído en los bolsillos sin fondo de pequeñas minorías privilegiadas. Así se ha establecido que de los 11,4 millardas de marcos oro que Alemania ha entregado hasta el 31 de Diciembre de 1921, como pago de reparaciones a Francia, sólo 2,8 millardas han sido dedicadas a la reconstrucción. 4,3 millardas fueron consumidas sólo por la ocupación y las comisiones interaliadas.

En Alemania, como en Francia, la parte que sufre es siempre la clase obrera, de cuya piel saca lonjas el capitalismo en ambos países. Mientras que el capitalismo en todos

los países beligerantes y también en los llamados neutrales casi se ha ahogado en su propia gordura con las enormes ganancias de guerra, millones de proletarios tuvieron que abonar con su sangre los campos de batalla del mundo entero; hoy mismo, en que la guerra no ha hecho más que cambiar de forma, los laboriosos son los que llevaban la carga, mientras el capitalismo acuña monedas sonantes con la miseria de los pueblos.

Uno de los fenómenos más trágicos de nuestro tiempo consiste en que la inmensa mayoría del proletariado sindical y políticamente organizado permanece, por completo, indiferente ante las hondas causas de estos fenómenos. La larga actuación de las corporaciones parlamentarias de la sociedad burguesa, la participación de los partidos obreros en el gobierno mismo, según se ha visto particularmente después de la guerra en los diversos países, la compenetración con el modo de pensar de la política capitalista, hicieron que el movimiento obrero poco a poco se haya integrado al Estado actual y se haya convertido en una especie de accesorio suyo. En la mayoría de los países el grueso de las organizaciones políticas y sindicales del proletariado se convirtió en un elemento necesario del Estado nacional y actúa en este sentido. La actitud de esas corporaciones en la época de la guerra mundial lo ha demostrado bastante claramente. Casi en todos los Estados beligerantes concertaron los partidos socialistas y los sindicatos que estaban bajo su influencia una llamada "paz civil" con las clases propietarias de su país, cuya política brutal de intereses había suscitado la guerra, y sacrificaron los intereses de la clase a los supuestos "intereses de la nación". Con ese estado de ánimo no hay que maravillarse si la cacareada solidaridad internacional del proletariado en la mayoría de los casos, hasta aquí, sólo pudo tener una significación puramente platónica. En realidad, el internacionalismo de los llamados partidos obreros socialistas y sus apéndices sindicales, que habla tanto en los congresos y en las ocasiones solemnes, consiste simplemente en algunas frases inofensivas y no ha resistido hasta aquí a ninguna prueba seria. Al intentar los partidos obreros de los diversos países adaptar sus aspiraciones a la política exterior de sus

respectivos gobiernos, destruyeron consciente o inconscientemente la gran idea de una comunidad socialista de ideas e intereses del pueblo laborioso de todo el mundo, comunidad que no encontraría ningún obstáculo en las fronteras de los Estados nacionales.

Esta idea verdaderamente socialista que tenían presente como objetivo del movimiento obrero los representantes de la primera Internacional, ha sido olvidada hoy por el mayor número. Y sin embargo, contiene ese pensamiento todo lo que puede dar al movimiento obrero su significación para la formación efectiva de una nueva cultura socialista en el futuro. Sin ese pensamiento quedará aplastado dentro del sistema social capitalista, sin esperanza alguna, y no saldrá nunca de los límites de las reformas insignificantes y de las simples cuestiones de salario. Pues la adaptación al Estado nacional es al mismo tiempo la adaptación al orden económico capitalista que sirve de base a aquél. No es la conquista del poder, sinó la exclusión del Estado y de todo principio político de poder de la vida de la sociedad, lo que constituye el verdadero objetivo político del socialismo. Partiendo del reconocimiento de que la dominación del hombre por el hombre ha tenido su hora, los trabajadores de todos los países tienen que hacerse a la idea de la administración de las cosas, a fin de prepararse para la conquista de la tierra y de las fábricas y a su gestión por los productores mismos y para transformar ese pensamiento en realidad. Sólo eso distingue al movimiento obrero fundamentalmente de la política de la burguesía radical.

DOS MUNDOS

Hay que oponer al mundo del capitalismo el mundo del trabajo organizado, el cual, inspirado por la ética socialista de la verdadera solidaridad, aspira a poner fin a toda forma de explotación y de opresión y cimenta con ese objetivo no

dos sus métodos prácticos. Sólo eso hace del movimiento obrero un factor independiente dentro del orden económico capitalista y lo convierte en portador de un nuevo principio de cultura social.

Todo gran ideal social capaz de hacer avanzar a las masas y de inspirarlas con el espíritu de un nuevo porvenir, sólo recibe fuerza y calor vital cuando actúa prácticamente en todos los problemas de la vida cotidiana y lo hace en el sentido de sus aspiraciones originarias. Un movimiento obrero que busca su salvación simplemente en la prosperidad económica y política del propio Estado, sin preocuparse de si esa prosperidad es resultado de la miseria y de la opresión descarada de los trabajadores de otros países, no es socialista, sino que se coloca completamente en el terreno del orden social capitalista. Nada pueden las hermosas declaraciones socialistas cambiar en ese hecho. Pero, desgraciadamente, esa es la posición de la mayoría de las organizaciones obreras del presente, no importa si son de naturaleza política o sindical.

Una actitud semejante contradice, no sólo todos los principios de una ética socialista, sino que perjudica también los intereses reales del proletariado en general y obstaculiza con su miopía la solución práctica de problemas vitales. Cuando el proletariado de algún país consigue con ayuda de algunos factores mejorar su situación, ese mejoramiento relativo está amenazado siempre, mientras en otros países haya una población proletaria reducida a la categoría de coolíe por causa de una política imperialista de fuerza y forzada por las condiciones de existencia a vivir fronteriza con el hambre. Precisamente la crisis económica mundial del presente nos muestra claramente adonde conduce tal política. Los grandes problemas que han surgido ante el proletariado de todos los países por el desarrollo del moderno capitalismo colectivo y de la llamada racionalización de la economía, sólo pueden ser resueltos por las aspiraciones y métodos igualmente orientados de los trabajadores en todos los Estados existentes, dándose la mano por encima de las fronteras de la nación y teniendo por base la comunidad de los intereses de todos los que trabajan.

Es difícil comprender cómo frente a estos fenómenos que aparecen a la luz del día cada vez más claramente entre los socialistas de las diversas tendencias, pueden encontrarse todavía hombres que se dejan uncir voluntariamente al carro de la reacción nacionalista. De eso tiene la culpa, según nuestra opinión, la credulidad estatal, miope, del gran número de los socialistas modernos. Como no pueden concebir la sociedad más que en la forma del Estado, no comprenden al pueblo más que en la camisa de fuerza de la nación.

Pero entre el pueblo y la nación existe la misma diferencia que entre la sociedad y el Estado. "La sociedad—para hablar con Tomás Payne,—es en todo caso una bendición; pero el Estado es en el mejor de los casos sólo un mal necesario y en el peor de los casos un mal insoportable". La organización social es una formación natural que se desarrolla bajo la influencia de determinadas necesidades de abajo a arriba y tiene como fundamento la defensa de los intereses generales. La organización estatal es una creación artificiosa que se impone a los hombres de arriba a abajo y cuyo verdadero objeto hay que buscarlo en la defensa de las minorías privilegiadas de la sociedad a costa de la comunidad.

Un pueblo es el resultado natural de la organización social, un conglomerado de hombres, condicionados por un mayor o menor parentesco de la descendencia, de las formas generales y de la característica de su cultura y la comunidad del idioma, de las costumbres, de las tradiciones, etc. Ese rasgo común vive y obra en cada miembro particular de la asociación popular y constituye una parte importante de su existencia individual y colectiva. Tampoco puede ser creado artificialmente como destruído por la fuerza, so pena de que se extermine a todos los miembros de un pueblo. Un pueblo puede ser sometido a una dominación extranjera y ser obstaculizado artificialmente en su desenvolvimiento natural, pero no se consigue nunca sofocar violentamente sus características y disposiciones naturales, psíquicas y culturales. Al con-

trario, justamente bajo ese yugo extraño se manifiestan más claramente y ofrecen, por decirlo así, un medio de defensa para la conservación del conjunto popular. La experiencia de los ingleses con los irlandeses, de los austriacos con los tchecos y los sudeslavos, de los alemanes con los polacos, para no mencionar aquí más que algunos ejemplos, son demostraciones clásicas de la tenacidad indomable, del sentimiento de conexión de un pueblo. También los judíos podrían ser citados aquí como un ejemplo típico. No raramente vemos incluso que si un pueblo oprimido está culturalmente a un nivel superior al opresor, este último es absorbido, por decirlo así, por su más elevada cultura. Así conquistaron las hordas guerreras de Mongolia a la China e impusieron a los chinos un emperador manchú; pero en el curso de algunas generaciones se transforman los mongoles en chinos, pues su cultura primitiva no pudo presentar ninguna resistencia a la grandeza y a la delicadeza de la cultura china. El mismo fenómeno vimos en Italia, expuesta durante siglos a las irrupciones de las hordas de pueblos bárbaros. La cultura altamente desarrollada de Italia vence siempre a la violencia brutal de los bárbaros, que al fin no hicieron más que contribuir a rejuvenecer esa cultura y a fecundarla de nuevo. Y esto es muy natural, pues un pueblo no se puede meter violentamente en costumbres, hábitos e ideas extrañas, como no se puede meter por la fuerza a un hombre en el cuadro estrecho de una individualidad distinta. Allí donde tiene lugar un acercamiento natural y una fusión gradual de las diversas poblaciones, se hace voluntariamente siempre y de un modo por completo inconsciente por adaptación natural, pero nunca por el camino de la fuerza bruta.

Pero la nación es siempre el producto artificial de una organización del Estado, como el nacionalismo en el fondo no representa otra cosa que la ideología del Estado, una especie de ideología política. La pertenencia a una nación no es determinada nunca por causas naturales internas, sino por condiciones y motivos de la razón de Estado puramente exteriores, tras lo cual se ocultan siempre los intereses particulares de algunas clases dadas. Un puñado de políticos y diplomáticos, que no son más que funcionarios comerciales

de minorías privilegiadas en el Estado, decide arbitrariamente sobre la existencia nacional y el porvenir de determinados grupos de hombres, que tienen que someterse a su mandato, sin concedérseles derecho alguno de resolver sobre su destino. Así, por ejemplo, los habitantes de la actual Riviera francesa se acostaron una noche italianos y despertaron al día siguiente franceses, porque mientras tanto un grupo de politicantes había resuelto sobre su destino. Los holandeses eran miembros de la nación inglesa y fieles súbditos de la casa real británica, hasta que se le ocurrió a su gobierno negociarlos a Alemania. De ese modo fué sometida su nacionalidad a un cambio radical, y lo que el día antes era su más gran mérito, fué al día siguiente el más negro crimen. Tales ejemplos los hay en buena cantidad en la historia. Son características de la evolución del Estado moderno. Considérense ahora las decisiones absurdas y arbitrarias del tratado de paz de Versailles y se tendrá la mejor ilustración de cómo se fabrican las naciones.

EL ESTADO NACIONAL UNITARIO

Lo cierto es que todos los grandes Estados de Europa se componen de docenas de pequeños pueblos y comunidades que a menudo están separadas hasta por su origen y por su idioma, pero que han sido violentamente fundidos en una nación, debido a los intereses dinásticos o a los intereses económicos. Incluso allí donde la unidad nacional fué llevada por el espíritu de grandes movimientos populares, como ocurrió en Italia y en Alemania, en el fondo de esos movimientos había siempre un pensamiento reaccionario que tenía que conducir lógicamente a las peores experiencias. Nada cam-

bian en eso los métodos revolucionarios en que se ha refugiado a menudo el nacionalismo. Mazzini y sus partidarios, de acuerdo a su método, eran, seguramente, revolucionarios, pero sus intenciones políticas y sus aspiraciones en pro del Estado nacional unitario eran por completo reaccionarias y destructoras de la cultura. De la "teología política" de Mazzini al fascismo de Mussolini sólo había un paso.

Láncese una mirada a aquellos Estados novísimos que surgieron en Europa después de la guerra. Las mismas minorías nacionales, que no se cansaban de lamentarse sobre la violencia de que eran víctimas por parte de los opresores extranjeros se muestran hoy que han llegado a la meta de sus deseos como los peores opresores de las minorías nacionales en sus propios países. En nombre de la liberación nacional han arrojado el yugo de la dominación extranjera de sus espaldas para aceptar otro mucho más opresivo que el antiguo. Polonia, Yugoeslavia y los países existentes entre la frontera de Rusia y de Alemania, son un ejemplo clásico de nuestra afirmación. Y esto es muy natural, pues también los pequeños Estados aspiraron siempre a seguir por la ruta de los grandes y a imitar sus gestos. La mejor prueba de que no es posible en los cuadros del actual sistema estatal una convivencia armónica de los pueblos.

Justamente, el moderno Estado constitucional fué el que ha desarrollado hasta la última consecuencia el concepto de la nación y la esencia del nacionalismo. La monarquía absoluta, que representa, por decirlo así, el período fetichista en la historia de la evolución del Estado, en donde el rey era la expresión visible de todo el sistema. trataba las grandes masas de sus súbditos sin derechos como a un gran rebaño destinado a ser esquilado. Por eso raramente los llevaba a la defensa del país, misión que encomendaba a un ejército de soldados profesionales. Tan sólo el Estado moderno, que dió presupuestamente a cada uno de sus ciudadanos el derecho de co-determinación en el gobierno por la concesión del sufragio universal, desarrolló las ideas de la nación hasta su altura presente. El ciudadano a quien se hipnotizó con sus novísimos derechos, tuvo que hacerse cargo de los deberes ligados a esos pretendidos derechos. La urna electoral se

convirtió en altar de sacrificio de la personalidad humana, la papeleta de voto en certificado de la esclavitud voluntaria, espiritual y económica, de las grandes masas.

El jacobinismo francés creó primero el concepto abstracto del Estado y junto con él la representación abstracta de la nación. Desde entonces la idea de la unidad nacional se convirtió en la consigna de la mayor parte de los partidos burgueses, de quienes han recibido la herencia, como de muchas otras cosas, los modernos socialistas de Estado. La unidad nacional fué algo así como equivalente de desarrollo cultural, como símbolo de la vida del pueblo; todo obstáculo que se le oponía era algo así como una amenaza a la cultura nacional. Y esta **fable convenue**, esa leyenda que se aceptó silenciosamente como verdad, mantiene todavía los espíritus en su hechizo, aunque la historia nos prueba precisamente lo contrario. Los períodos de "desmenuzamiento nacional", fueron hasta aquí las épocas de mayor cultura en la historia, mientras que, al contrario, los períodos de "unidad nacional" han sido épocas de decadencia cultural y de ruina.

La vieja Grecia, completamente desmenuzada, tanto en lo nacional como en lo político, nos dejó a pesar de todo una cultura que en muchos aspectos todavía hoy nos parece ejemplar. Y cuando después Alejandro de Macedonia estableció con la espada la unidad griega, se esterilizaron las fuerzas y aspiraciones culturales del país, que sólo podían desarrollarse en libertad.

LAS CONDICIONES POLITICAS DE LA CULTURA

El gran período de las ciudades libres de la edad media fué una época del más extremo desmenuzamiento nacional pero, sin embargo, ha nacido en aquel tiempo una cultura que

desde entonces no ha encontrado equivalente en Europa. Los enormes monumentos de la arquitectura, de la pintura y de la escultura de aquel tiempo son manifestaciones brillantes de esa gran fase del desenvolvimiento humano. Pero cuando después el Estado plantó sobre las ruinas de esa cultura el estandarte de la "unidad nacional", se disolvieron los últimos restos de la grandeza cultural como la nieve ante el sol y se abrió en Europa una época de barbarie devastadora. Echemos una mirada a la historia de Alemania y encontraremos allí una confirmación del mismo fenómeno histórico. Todas las ricas conquistas de la grandeza espiritual y de la cultura en este país proceden del tiempo de su llamado "desmenuzamiento nacional". Su literatura clásica, desde Klopstock hasta Schiller y Goethe, el arte embriagador de su "escuela romántica", su filosofía clásica desde Kant a Feuerbach, la época culminante de su música clásica, desde Beethoven hasta Wagner—todo ello pertenece a esa época. La instauración del Estado nacional unitario, que, sin embargo, no fué realizado aquí tan radicalmente como en Francia, caracteriza la decadencia de la cultura en Alemania, por la parálización de las fuerzas creadoras, el triunfo del militarismo y de una burocracia mecánica que llevaron a un pueblo originariamente bien dotado, como un rebaño sin voluntad, a la catástrofe más horrosa de nuestra historia moderna.

Y no sólo Alemania. La historia de Italia, de España, de Francia, de Rusia, etc., no es más que una repetición de los mismos hechos históricos. Y esto es muy natural. Los Estados no crean la cultura, como se afirma con frecuencia, descabelladamente; al contrario: el Estado y la cultura son contradicciones insuperables. Un poderoso organismo estatal es el mayor obstáculo a todo desenvolvimiento cultural. Allí donde mueren los Estados o donde su potencia es reducida a un mínimo, es donde mejor prospera la cultura. La dominación política aspira siempre a la uniformidad y pretende someter a determinado molde todos los dominios de la actividad social. Pero de ese modo se incurre en una inexplicable contradicción con las fuerzas creadoras del desarrollo cultural, que buscan siempre nuevas formas y están ligadas a la multiplicidad y a la diversidad, tanto como el poder político

a las formas inmutables y a la mecanización.

Entre las aspiraciones políticas al poder de las minorías privilegiadas y la actividad cultural de un pueblo hay siempre una lucha interna, pues ambas pugnan en direcciones diversas que no se pueden fusionar nunca voluntariamente y sólo es posible llevarlas a una armonía aparente por la violencia externa y el aplastamiento espiritual. Si el Estado no consigue dirigir la acción cultural dentro de su dominio, por canales favorables a sus fines, y por consiguiente subyugar su desenvolvimiento natural, la cultura, tarde o temprano, rompería los cuadros políticos, que no son para ella más que obstáculos. Pero si el aparato político del poder es bastante fuerte para presionar la vida cultural por largo tiempo en formas determinadas, entonces se busca otra salida que no pueda ser encadenada a ninguna frontera política.

Los Estados no sucumben nunca a causa del supuesto refinamiento de su cultura; mueren por el exceso del principio político del poder, al que sacrifican más y más todas las fuerzas vivientes de un país. Pues la maldición del poder es ésta, que aspira incesantemente a ensanchar los límites de su dominio, lo mismo si se trata del poder de una Iglesia, de un Estado o de un partido. Toda la autoridad del Estado es inspirada por ese principio que poco a poco domeña todas las otras fuerzas y se convierte por eso en causa de la decadencia interna.

Roma no sucumbió por los efectos de su cultura refinada, como lo sostuvieron frecuentemente algunos historiadores; sucumbió por su propio poder, el cual, como todo poder, pretendía ensanchar sin cesar las fronteras de su influencia y desencadenó así finalmente la catástrofe de su propia ruina.

Pues esta es la gran diferencia entre cultura y poder: Toda cultura, en tanto que no es demasiado influenciada en su desarrollo por trabas políticas, tiene por consecuencia una continua renovación del ímpetu conformador, una creciente diversidad de la acción creadora. Toda obra lograda despierta la necesidad de una mayor perfección y de una más honda espiritualización. La cultura es siempre creadora y busca sin cesar nuevas formas de actuaciones como los ríos

les del bosque milenario cuyas ramas tocan la tierra y echan raíces nuevas.

El poder no es nunca creador; se aprovecha de la fuerza creadora de la cultura para cubrir sus desnudeces, para embellecer su apariencia. Obra siempre destructivamente, aspirando de continuo a oprimir todos los fenómenos de la vida social en el cinturón de hierro de sus leyes. Su forma espiritual de expresión es un muerto dogma, su expresión física la violencia brutal. La modalidad de sus aspiraciones imprime inconfundiblemente a sus detentadores su sello. Los hace a ellos mismos brutales y rudos, aun cuando originariamente tuvieran las mejores disposiciones. Excita la voluntad de sus defensores hasta la codicia morbosa, en tanto haya todavía un objeto para la sumisión. Desaparecido éste, entonces busca su actuación en el nuevo disfrute y en el derroche absurdo de su rapiña. Así ocurrió en Roma. Roma murió de su hambre morbosamente elevada de poder, que al fin paralizó toda evolución cultural y produjo su decadencia. Los Estados pueden morir, las culturas se modifican y asumen otras formas.

El Estado unitario moderno no es otra cosa que el principio materializado del poder de las clases propietarias, la victoria de la uniformidad sobre la rica diversidad de la vida popular, el triunfo del adiestramiento espiritual sobre la educación natural y la formación del carácter, la suplantación del sentimiento de la personalidad por la mera obediencia de cadáver, en una palabra—la violación de la libertad por la violencia brutal del Estado y la mecanización inanimada.

Esto lo había reconocido ya Proudhon claramente cuando opuso a Mazzini el más distinguido representante del pensamiento de la unidad en Italia, estas palabras: "Todo carácter originario en las diversas regiones de un país se pierde por la centralización—este es el verdadero nombre de esa unidad nacional.

Un gran Estado central confisca toda la libertad de las provincias y de las comunas en favor de un poder más elevado, el gobierno. ¿Qué es en verdad esa unidad de la nación? La disolución de los pueblos particulares en donde viven y se diferencian los individuos en una nación abstracta en la que

nadie respira y nadie conoce a nadie... Al privar a los hombres de la disposición sobre sí mismos, se necesita, para tener en marcha esa máquina gigantesca, una enorme burocracia, una legión de funcionarios. Para proteger hacia adentro y hacia afuera, se necesita un ejército permanente, empleados, soldados, mercenarios—eso será el porvenir de la nación. Esa grandiosa unidad exige fama, gloria, lujo, una imponente lista civil, embajadores, pensiones, galerías. En un Estado unitario de esa especie todos extienden la mano. ¿Y quién paga a los parásitos? ¡El pueblo! El que dice nación unitaria se refiere a una nación vendida a su gobierno... Esa simplicidad no es más que una forma de la explotación burguesa bajo la protección de las bayonetas. Sí, la unidad política nacional en los grandes Estados es la dominación de la burguesía. De ahí el placer de los burgueses en el Estado unitario."

El genial francés había reconocido bien el fondo verdadero de todas las aspiraciones llamadas unitarias. Lo que no pueden ver todavía nuestros modernos socialistas de Estado, desde la socialdemocracia hasta las diversas filiales del bolchevismo ruso, lo previó él claramente, pues su mirada no fué obscurecida por la ciega credulidad estatal de nuestros socialistas de partido, que se hallan aún pegados a la cáscara del huevo de sus predecesores jacobinos.

EL NACIONALISMO ECONOMICO

También el llamado "nacionalismo económico", que se advierte fuertemente en los últimos tiempos y es defendido no sólo por economistas burgueses sino también por socialistas bien conocidos, nace de la misma fuente. El capitalismo europeo cae cada vez más en conflicto con los sistemas especiales de economía nacional, cuyas estrechas formas se

corresponden ya a sus actuales aspiraciones. El devenir y la evolución de los trusts y cartels internacionales sólo es un ensayo para superar las condiciones creadas por los conceptos políticos y económicos del pasado. Pero cuando de ahí se saca la conclusión de que el modo económico de los pueblos europeos según sus capacidades especiales y las características supuestamente naturales debe reformarse y reintegrarse, eso es nuevamente una suposición ideológica que no puede ocultar su objeto verdadero. El pensamiento de reducir la producción de los diversos países sólo a aquellas ramas para las cuales el destino los ha presuntamente destinado por sus acabamientos especiales y de excluir toda otra actividad, no es más que una resurrección de la ideología de los viejos economistas ingleses, que creían que la naturaleza había creado determinados pueblos para la industria y otros exclusivamente para la agricultura. En realidad, corresponde también ese llamado nacionalismo económico, lo mismo que el nacionalismo político representa un atentado directo al desenvolvimiento cultural de los pueblos, el interés económico del capitalismo colectivo moderno, que cree poder elevar los resultados de la economía por una tal transformación de la producción entera. Una racionalización de la industria, que no sólo se extendiera a las fábricas sinó a países enteros. Como en el nacionalismo político el hombre no existe más que para la nación, en el mundo capitalista sólo existe para la economía.

INTERNACIONALIZACION DE LAS RIQUEZAS NATURALES

Nosotros, somos **anacionalistas.** Exigimos el derecho de libre decisión para cada comuna, para cada región, para cada pueblo y justamente por esa razón rechazamos la idea morbosa de la unidad nacional. Y somos federalistas, es decir,

partidarios de una asociación de libres agrupaciones humanas que no se separan unas de otras, sino que se compenetran recíprocamente y se fecundan y se fusionan de modo íntimo por mil especies de relaciones de naturaleza espiritual, económica y cultural. La unidad a que aspiramos es una unidad cultural y social que en la diversidad siempre creciente de sus formas de expresión encuentra su más fuerte apoyo. Es la unidad que surge de la libertad de todas las relaciones humanas y rechaza por principio toda uniformización y toda uniformidad inanimada.

El socialismo libertario ha defendido siempre el punto de vista de que todo pueblo tiene el derecho a conformar su vida social y cultural de acuerdo a su propia medida y a actuar como miembro independiente de una gran comunidad. En los escritos de Proudhon, de Bakunin y de Kropotkin ha encontrado esa interpretación una expresión clara y sin ambigüedad, pero somos de opinión que ese punto de vista necesita un importante complemento. Se trata aquí no sólo de un problema puramente político o ético-social, sino al mismo tiempo de determinadas presunciones económicas que pueden asegurar a cada grupo popular su independencia política y cultural. El que un hombre haya nacido alemán, ruso o francés es ante todo sólo un problema del azar por el que racionalmente no tiene ningún motivo para sentirse orgulloso o deprimido. Por esa razón todas las presunciones artificiosamente construídas por nuestros teóricos raciales y nacionalistas de todas las categorías y matices, con sus burdas afirmaciones de la existencia de pueblos inferiores y de pueblos superiores, son tan desmesuradamente tontas y tan reaccionarias en sus manifestaciones prácticas. Pero también es una casualidad igualmente el que un pueblo o un grupo de pueblos en el curso de su historia se haya establecido en un territorio en el que más tarde se descubren ricos tesoros naturales, como yacimientos carboníferos, metales, petróleos, etc. Esa casualidad no puede dar a los hombres de semejante territorio de ninguna manera un derecho a implantar monopolios y a mantener a otros pueblos y agrupaciones humanas no provistos de tales dones naturales en la dependencia económica. Llegamos aquí a un problema que ahora sólo puede ser levemente aludido, pero que para el futuro desempeñará

miento de la humanidad será de la mayor importancia. Toda la tendencia del orden económico capitalista, especialmente en su fase imperialista de desarrollo actual es antipopular y tan extraordinariamente nocivo para el bien y la prosperidad de la sociedad, porque sus detentadores en los distintos países persiguen el objetivo declarado de someter todas las riquezas naturales de la tierra, que podrían llenar de bendiciones a los hombres, al dominio de sus monopolios, y de forjar para el propio pueblo y para todos los otros pueblos las cadenas de la dependencia económica y de la esclavitud.

Así pretendía la gran industria alemana, durante la guerra, anexarse las minas de hierro de Longwy y de Briey, a fin de instaurar un trust continental de los metales, y centenares de millares de hombres tuvieron que perder la vida para obtener ese fin. Pero los grandes industriales alemanes perdieron la partida, que siguen jugando los representantes de la gran industria francesa con los mismos medios criminales, pero esta vez a costa de Alemania. Y cada parte oculta esa política de piratas con el pretexto de los llamados "intereses nacionales".

Somos socialistas en el más profundo sentido de la palabra. Por este motivo defendemos el principio de que el hombre no puede existir para la economía, sino la economía para el hombre. Esa es la causa de que consideremos toda la tierra como un distrito económico que debe estar abierto a la actividad de todos y a cuyas riquezas naturales toda agrupación humana debe tener acceso. La internalización de las riquezas naturales, en forma de carbón, de petróleo, de hierro, etc., es para nosotros una de las condiciones previas más importantes para la realización del socialismo y la liberación de la humanidad del yugo de la esclavitud económica, política y social. Mediante los convenios recíprocos debe asegurarse a todos los grupos populares el aprovechamiento de esos tesoros, si es que no se quiere que aparezcan en la sociedad nuevos monopolios y en consecuencia nuevas divisiones de clases y la esclavización económica con todos sus terribles resultados. Sólo en este sentido conseguirán los hombres dar en la cabeza a la reacción actual capitalista-nacionalista y abrir el camino que conduce a la tierra de promisión de un futuro mejor.

Los salarios en EE. UU., Alemania y U. R. S. S.

Un estudio estadístico por JURGEN KUCZYNSKI

OBSERVACION PRELIMINAR

Antes de comparar, como lo haremos a continuación, la situación del obrero industrial en los dos países más avanzados del capitalismo y en el único país socialista que hasta hoy existe, queremos hacer una observación. Hay muchos factores que informan, a veces de un modo decisivo, la situación del obrero y que no cabe captar estadísticamente; tales son, por ejemplo, el hecho de trabajar como miembro de la clase gobernante o dentro de una de las clases oprimidas, el de trabajar por sí propio y sus compañeros de clase o para otra clase distinta, el de poder contar con la posibilidad de "salir adelante" o tener que renunciar a toda esperanza de progreso. Todos estos factores, y muchos más, escapan a la estadística, no son mensurables y quedan, por tanto, fuera de nuestra consideración. En este sentido, podemos decir que la imagen que aquí tracemos acerca de la situación del obrero industrial será por fuerza incompleta, inerte por decirlo así, carecerá de atmósfera. Apesar de todo, no puede prescin-

dirse de los números como material de informaciones; primero, porque tienen un valor intrínseco, y segundo, porque son el fondo sobre el cual hay que observar y valorar los demás factores.

IMPRESIONES GENERALES

Recapacitemos rápidamente las noticias que hemos leído en los periódicos y en las revistas acerca de la situación de los obreros en los tres países, durante el último año. Lo mismo la prensa norteamericana que la alemana, nos informan unánimemente de que la situación del obrero industrial ha empeorado en ambos pueblos. Prescindimos de que la mayoría de estas noticias aparecen celosamente retocadas para hacer ver que a otras clases de la sociedad les va todavía peor, que los empresarios, por ejemplo, tienen que hacer muchos más sacrificios que los obreros, y que éstos, a pesar de haber empeorado su situación, siguen viviendo todavía mejor que antes de la guerra o que en los tiempos de la inflación, ni en ninguna otra época; dejemos a un lado todos esos aditamentos correctivos. Lo único que nos importa es saber que, a tenor de todas las noticias coincidentes que nos dan los periódicos y las revistas de Alemania y de los Estados Unidos, sin distinción de tendencias políticas y económicas, la situación del obrero industrial, en esos países, ha empeorado.

Veamos ahora lo que ocurre en Rusia. Hay muchos informadores que opinan que el obrero ruso vive peor que el alemán, que anda peor vestido, come peor y vive más apretado. Otros, entienden lo contrario, que el obrero ruso vive mejor que el alemán. No queremos terciar en la disputa, ni decir quién tiene la razón, pues no es eso lo que aquí nos interesa. Lo que importa es saber que casi todos los cronistas que informan acerca de Rusia, lo mismo los que opinan que el obrero ruso vive mejor que los que entienden que vive peor que el alemán, el inglés o el norteamericano, están de

acuerdo en que su nivel actual de vida es superior al de hace un año, al de hace dos años, al de hace tres años, etc. Lo importante y decisivo para nosotros es saber que el obrero ruso avanza, que su situación tiende constantemente a mejorar.

Por eso, en los datos que recogemos a continuación, no nos metemos a investigar si el obrero ruso va mejor o peor vestido que el alemán o el norteamericano, si se alimenta mejor o peor, si su vivienda es más o menos holgada, si asiste con más o menos frecuencia al cine, lee más o menos periódicos, más o menos libros y viaja con mayor o menor frecuencia. Investigaremos únicamente si es cierto aquello, si es cierto que la situación del obrero industrial de Alemania y Norteamérica empeora, mientras que en la Unión Soviética mejora y progresa.

INGRESOS Y SU ASEGURAMIENTO

a) Salarios.

Comencemos por los salarios.

La media del salario mensual del obrero de industria en Alemania fué;

Media del salario mensual, 1928 - 1930.

Año	Marcos	Indice
1928	183	100
1929	181	99
1930	158	87

La media del salario mensual del obrero de industria en los Estados Unidos de América es ésta:

Media del salario mensual, 1928 - 1930.

Año	Dólares	Indice
1928	99	100
1929	102	103
1930	89	90

La media del salario mensual del obrero de industria en la U. R. S. S. arroja:

Media del salario mensual 1929 - 1930.

Año	Rublos	Indice
1927-28	64	100
1928-29	71	110
1929-30	77	120

Mientras que en Alemania vemos descender los salarios del obrero industrial de año en año y en los Estados Unidos, después de rehacerse un poco en 1929, los vemos también descender considerablemente del 29 a 30—casi con la misma fuerza que en Alemania,—el obrero industrial ruso observa cómo su salario aumenta considerablemente de año en año.

Pero los ingresos en metálico no son tampoco lo decisivo. La capacidad adquisitiva del obrero no depende solamente de lo que gana, sino que depende también de la curva de los precios en el mercado al detalle, de la curva del coste de la vida. Teniendo en cuenta ambos factores, el del salario nominal y el de los precios del mercado al detalle, podemos deducir el salario real, que nos da una imagen aproximada del verdadero proceso de los salarios.

A continuación compulsamos el salario real del obrero

de industria en Alemania, Norteamérica y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas:

Salario real del obrero de industria, 1928 - 1930.

Año	Alemania	EE. UU.	Rusia
1828	100	100	100
1929	97	103	105
1930	89	92	110

Así, pues, mientras que en los dos países capitalistas, Alemania y los Estados Unidos, la capacidad adquisitiva del obrero industrial desciende desde 1928 a 1930 en un 10 por 100 aproximadamente, en la Rusia socialista experimenta un aumento aproximado de 10 por 100. Y ya se sabe lo que significa el descenso de la capacidad adquisitiva: significa comer peor, vestir peor, vivir peor, tener menos cubiertas las necesidades culturales; lo contrario de lo que ocurre cuando la capacidad adquisitiva experimenta un alza.

No cabe duda alguna de que en los Estados capitalistas Alemania y Norteamérica—como en todos los países capitalistas de Europa, por lo demás—el obrero industrial se ve viesa por una crisis de absoluta depauperización, a la par que la situación del obrero ruso experimenta, durante estos últimos años, una notable mejoría.

b) El seguro social.

Ahora bien, los salarios no constituyen más que una parte de los ingresos o rentas del obrero. El obrero industrial cuenta con otras fuentes de ingresos, y muy principalmente con los socorros del seguro social. Y aquí volvemos a encontrarnos con la misma observación: con que la situación del obrero ruso es de mejoramiento, mientras que la de los trabajadores de los demás países empeora.

El Alemania, aunque existe un seguro social, las cuotas
e socorro, comparadas con las pérdidas de salario o con los
gastos excepcionales ocasionados al obrero y que tiendes a
suavizar, son mucho más pequeñas que en Rusia; además, el
seguro social alemán, lejos de ir en ascenso, como en la
U. R. S. S., tiende a desmontarse. Así, por ejemplo, la media
de socorro por obrero parado durante los dos últimos años
ha disminuído notablemente, a la par que el seguro de en-
fermedad se encarecía. Y al seguro social le amenazan nue-
vos ataques de gravedad.

En los Estados Unidos no hace falta desmontar el seguro
social ni mermar su campo de acción, pues aparte del seguro
de accidente del trabajo y el de penuria económica, por ra-
zón de vejez, que rige en algunos Estados, puede decirse que
en Norteamérica el seguro social público no existe, y el que
existe a cargo de los particulares no desempeña ningún papel.
Y, no obstante, la miseria crece de año en año, de mes en
mes y de semana en semana, clamando cada vez con mayor
imperio por la implantación de un seguro social.

En la U. R. S. S. la institución del seguro social va ga-
nando terreno y perfeccionándose de año en año. Cada vez
son más los sectores y capas de población amparados por él,
cada vez más elevado el socorro que ofrece y más dilatado
también el campo de los males económico-sociales que re-
media.

c) Paro forzoso.

Hay, además, un hecho de gran interés, que no queremos dejar pasar desapercibido. Mientras que en los Estados capitalistas la necesidad de ciertos seguros sociales es cada vez más intensa, en la Unión Soviética esta necesidad tiende a desaparecer, gracias al régimen de trabajos del Plan Quinquenal. Y así, vemos que en la U. R. S. S. se van atrofiando y desaparecen, por desuso, ciertos tipos de seguro social que en los Estados capitalistas, en que existen, se utilizan febrilmente y que en aquellos en que no rigen se echan cada vez más de menos.

El más importante de todos ellos es el seguro de paro forzoso. En Alemania, el porcentaje medio de obreros parados ascendía de 8,6 a 13,2 de 1928 a 1929, llegando a 1930 a 23,0. En los Estados Unidos, el porcentaje de parados, que en 1928 representaba la cifra considerable de 9,2, decrece en 1929 a 8,2, para volver a subir, del 29 al 30, hasta 14,5. En realidad, es muy probable que el contingente de obreros parados de los Estados Unidos sea mayor que el que indica la estadística oficial de los sindicatos.

En la Unión Soviética, el paro forzoso va decreciendo progresivamente con cada año, desde 1928, y hoy puede decirse que el número de obreros parados en Rusia es insignificante.

Además, mientras que en los Estados capitalistas la crisis aguda del paro es una necesidad orgánica y no puede contarse, ni de hecho se cuenta, con que el contingente de los obreros parados se reduzca ya nunca más en proporciones considerables, en la U. R. S. S. no hace falta combatir el paro forzoso, en cuanto amenaza contra la seguridad de la vida del obrero, por medio de un seguro, por la sencilla razón de que se ha borrado casi de la realidad. **El seguro de paro forzoso ha sido abolido de hecho, al desaparecer los obreros parados.** Hay, naturalmente, todavía algunos obreros sin ocupación. Pero el obrero industrial ruso que carece hoy de trabajo no es porque no lo haya, sino porque no encuentra, de momento, el que conviene a su aptitud; y esa situación de interinidad no dura nunca más de un par de días.

d) Resumen.

Vemos, pues, resumiendo todo lo dicho:

1.º Que el salario real del obrero de industria, en Rusia tiende a subir, mientras que el del obrero alemán y norteamericano (como el de la clase obrera de todos los Estados capitalistas), baja.

2.º Que el rendimiento del seguro social en la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas es cada vez mayor, mientras que en Alemania tiende a decrecer, y en los Estados

Unidos donde puede decirse que apenas existe seguro so-cial se siente una necesidad de él cada vez más intensa.

3.° Que en la U. R. S. S., el seguro social empieza a de-mostrarse, en parte, superfluo, al extirparse, en parte tam-bién, los males sociales contra los que asegura: mientras que en los Estados capitalistas responde a una necesidad cada día mayor, ya que los males de que quiere salvaguardar al obrero de industria, crecen, lejos de disminuir.

Y, con esto, pasemos a examinar el último punto de nuestro bosquejo.

JORNADA DE TRABAJO Y DESCANSOS

Otro factor importantísimo y decisivo para juzgar de la situación del obrero industrial es la duración de la jornada y la de la semana de trabajo.

En Alemania, la jornada de trabajo no ha experimentado apenas alteración en el transcurso de los últimos años. La jornada de trabajo media tarifada—sin incluir las horas extraordinarias, tarifadas también y lícitas—sigue siendo hoy, lo mismo que en 1927, de cuarenta y nueve horas por semana. Y aunque, de hecho, la jornada de trabajo se ha reducido indudablemente, a consecuencia de la crisis económica, esta reducción determinará, si la crisis actual llega a vencerse, una nueva prolongación de la jornada; además, según una estadística levantada por la Liga Sindical alemana, en febrero de 1930, casi una cuarta parte de los obreros trabajaba, a pesar de la crisis, más de las cuarenta y ocho horas.

En los Estados Unidos, la jornada de trabajo—refiriéndonos a la de aquellos obreros que tienen trabajo completo—lejos de reducirse, se ha prolongado. En las industrias más importantes, la media sigue siendo de cincuenta y una horas a la semana; en la industria del algodón excede de cincuenta

y tres; en la del acero, alcanza la cifra de cincuenta y cuatro y media, y en la industria lanera, es casi de cincuenta.

En la Unión Soviética, por el contrario, la jornada de trabajo va reduciéndose sistemáticamente de año en año y de mes en mes. **Un 64 por 100 de todos los obreros industriales del país tienen ya la semana de cinco días, o sea, cuatro de trabajo y uno de descanso.** Y la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas hace todos los esfuerzos imaginables para reducir el trabajo del mayor número posible de obreros. En industrias fatigosas y antihigiénicas, la jornada de trabajo no excede, en ocasiones, de cinco o seis horas. En general, la media de la jornada de trabajo del obrero industrial durante el año 1927-28 fué de unas siete y tres cuartas partes de hora; desde el año 1927 y 28 al de 1928 - 29, la jornada media se redujo en unos diez minutos; desde 1928 - 29 hasta 1929 - 30, se redujo en otros diez minutos, y hoy, **la media de la jornada vigente en Rusia no excede apenas de las siete horas.**

¿Qué representa la reducción de la jornada de trabajo, combinada con el alza de los salarios? Lo diremos brevemente. Representa más tiempo libre y mayores recursos económicos para aprovecharlo. Representa más tiempo para instruirse y más recursos para hacerlo. Representa más tiempo para divertirse y más posibilidades para lograrlo: representa, en una palabra, más vida, y una vida mejor.

Así, pues, mientras que en estos últimos años la situación del obrero industrial de los Estados capitalistas no ha hecho más que empeorar, en la Unión Soviética experimenta notable mejoría. El obrero de los países capitalistas es cada vez más pobre, más mísero, más desdichado; **el obrero de Rusia soviética se siente cada vez más holgado, más gozoso y más feliz.**

NOTA.—En el anuncio del Cuaderno N.o 15 en la tapa interior, primera línea, en lugar de "*clase*", léase "*clan*".

Imp. "Carnet Social". — Moranda 636, Santiago.

Próximo Número:

CUADERNO N.º 15

La Revolución China

y el

Comunismo

POR

CHEN FOU-choen

"Los chinos, que han tenido siempre la idea de familia y de clase, carecen de espíritu nacional. Y en consecuencia no forman sinó una capa de arena. En la actualidad, el país está pobre, ocupa un rango inferior en el seno de las naciones y es presa de las ambiciones extranjeras. Si la capa de arena no se solidifica, la China no podrá jamás rechazar las invasiones. La independencia y existencia de China dependen de eso.

Para preconizar el Principio de las Razas del Pueblo, a fin de salvar del peligro a la China y de dar al pueblo el espíritu nacional, es necesario que éste último conozca primero lo que son las invasiones extranjeras. Estas invasiones pueden agruparse, según Sun Yat-sen, en tres clases de opresiones, a saber: la opresión de las fuerzas naturales, la opresión política y la opresión económica."